

Alemania

Juan RODRÍGUEZ LORES

Prof. de la Universidad de Aachen (Alemania)

ORÍGENES DEL COLONIALISMO ALEMÁN

El colonialismo alemán surgió a finales del siglo pasado, desapareció en la I Gran Guerra y resurgió de forma muy diferente bajo el Nacional-socialismo. En la primera mitad de este artículo se exponen los presupuestos importantes de su nacimiento y configuración. En la segunda, se presentarán dos casos de estudio.

Debido a la poca fiabilidad de las fuentes históricas, ha habido que utilizar, en gran parte, investigaciones posteriores (1). Hubo escasísimo desarrollo del «urbanismo colonial», al contrario de lo sucedido con la «ordenación territorial» (2). A pesar de ese desequilibrio, se ha procurado recoger, a

través de la selección de los casos de estudio, hechos significativos de aquel urbanismo.

Orígenes y presupuestos hasta el siglo XIX

Hasta la segunda mitad del siglo XIX, el colonialismo alemán fue un fenómeno marginal, de iniciativa «privada» o subordinado al de otras naciones. Compañías mercantiles sureñas cooperaron con los portugueses en una *Deutsch-Indische Handelsgesellschaft*. Otras cofinanciaron la conquista española. Hasta el siglo XVIII, los Príncipes de Brandeburgo intentaron participar, sin éxito, en el comercio marítimo colonial. En el siglo XVII, numerosos

(1) Más claramente: el partidismo de las fuentes oficiales y oficiosas hizo de ellas como velos que ocultaban o sustituían la verdad histórica con los fines de la propaganda política. Renunciar a ellas, al menos en parte, exigía buscar alternativas, p.e. cotejarlas minuciosamente con otros testimonios históricos o recurrir a investigaciones ajenas. Dentro de la brevedad necesaria de esta crónica, la primera alternativa hubiera representado un trabajo excesivo tanto más, cuanto que tales testimonios no están fácilmente accesibles. He preferido recurrir a la segunda y utilizar exclusivamente investigaciones críticas alemanas que, en cuanto relatos del colonialismo nacional, ellas mismas son parte integrante de ese colonialismo, aunque ello haya supuesto la confrontación con otros problemas graves. Hasta la II Guerra, también la investigación formó mayoritariamente parte de la maquinaria de propaganda colonialista. En la posguerra, ha sido obstaculizada por las reticencias de la sociedad alemana a estudios sobre el «imperialismo» o el «colonialismo» —conceptos considerados «políticamente incorrectos»— y sobre las épocas «guillermina» y «nazi» —lastradas ambas por la presión al olvido y tratadas generalmente con superficialidad—. Tan sólo alrededor de 1984, con motivo del primer centenario del inicio de la expansión del colonialismo alemán, surgieron algunos estudios críticos, pero desde perspectivas diferentes o incluso opuestas (desde criticar el pasado hasta justificarlo) y con limitaciones de contenido (casi todos se centraron en los aspectos políticos o económicos; sólo en algunos fueron tratados superficialmente también los propiamente urbanísticos o territoriales) y de método (el cotejo crítico de las fuentes oficiales u oficiosas con otros testimonios fue significativo pero no completo). En todo caso, tales estudios fueron muy pocos y no tuvieron continuidad. Entre los que han sido de gran ayuda para este artículo destacan dos de orientación ideológica diferente: H. STOECKER (edit., 1991): *Drang nach Afrika. Die deutsche koloniale Expansionspolitik und Herrschaft in Afrika von den*

Anfängen bis zum Verlust der Kolonien, 2ª ed., Berlín; y H. GRÜNDER (1985): *Geschichte der deutschen Kolonien*, 3ª ed., Paderborn, 1995.

Para no obstaculizar la lectura de esta ya de por sí extensa crónica con un aparato crítico excesivo, he renunciado a citar con detalle.

(2) El hecho de que el urbanismo colonial a penas existiera, mientras que la ordenación territorial experimentara un amplio desarrollo, fue consecuencia de la naturaleza oportunista y ocasional de la colonización alemana, o sea: fue demasiado breve (unos 30 años) en territorios demasiado pequeños y dispersos por varios continentes y dominada todo ese tiempo por las tareas inacabadas de la conquista militar y la búsqueda de beneficios rápidos en el intercambio de materias primas. De ahí resultaron intereses y preocupaciones muy distintos por el medio urbano y el rural. La sociedad europea se concentró, pues, en las pocas ciudades del cambio (en gran parte costeras, otras en el interior). Allí se aplicaron un rígido control policial y algunas políticas sociales, p.e. para canalizar el crecimiento demográfico y las relaciones entre las razas. Pero su desarrollo espacial fue generalmente espontáneo, abandonado a los impulsos del comercio, la política y algunas infraestructuras globales (en realidad, al servicio del territorio, como los puertos marítimos). Una excepción fue el control del desarrollo urbano en la colonia china de Kiautchu en China, sobre la que se volverá ampliamente más adelante. El dominio del espacio rural para el control de las materias primas, escaso de población europea, exigió, por el contrario, la reorganización sistemática del mismo, o sea: con grandes infraestructuras que posibilitaran su conquista y el transporte de mercancías; con «estaciones» político-policiales o puestos urbanos reducidísimos (dada la escasez de población europea), pero estratégicamente distribuidos que aseguraran las propiedades y las vías de comunicación contra la resistencia local. Tal desarrollo territorial acaparó la mayor parte de los medios públicos disponibles.

alemanes marcharon a las colonias holandesas al servicio de la *Niederländische Ostindische Handelskompanie*, como reclutas, médicos, etc. Sus relatos ayudaron a divulgar en Alemania una imagen idealizada del colonialismo que fue punto de partida para la conciencia nacional colonialista. A principios del siglo XIX, compañías mercantiles norteafricanas comenzaron a fundar «factorías» comerciales en costas lejanas, que llegarían a ser puntos de partida de la futura colonización.

Durante la segunda mitad del siglo pasado, se dieron los presupuestos nacionales e internacionales efectivos para la creación de un colonialismo alemán propio. Entre los primeros destacaron transformaciones socio-económicas, ideológicas y políticas, fruto de la primera gran crisis de la sociedad alemana moderna. La crisis estalló hacia mediados de siglo y abarcó, en diferente medida, la agricultura, víctima de la evolución de los precios en el mercado internacional, la mecanización y la consiguiente emigración a las ciudades; el comercio, debido al nuevo reparto imperialista del mundo con la consiguiente decadencia del papel intermediario de las viejas compañías comerciales; la industria en desarrollo, frenada por un mercado interior muy débil, con exceso de producción, escasez de materias primas, exigencias salariales, etc.; el urbanismo, incapaz de resolver tareas y conflictos desconocidos hasta entonces relacionados con la urbanización acelerada y la aparición de las primeras grandes ciudades. Y, en suma, la supervivencia del sistema en su totalidad, ante las crecientes protestas sociales de la nueva población urbana con graves problemas de trabajo, vivienda, servicios públicos y alimentos.

Pero, en respuesta a los nuevos problemas y necesidades, la crisis engendró también oportunidades y esperanzas para su solución, muchas de las cuales representaban la esencia del colonialismo: poder resolver los problemas internos más diversos en el exterior. Primero, se plasmaron rápidamente en prácticas paracoloniales, mantenidas por sectores importantes de población rural y urbana, del comercio y de la industria: la población comenzó a emigrar a América a la búsqueda de mejores condiciones de trabajo, propiedad de tierras y goce de libertades civiles; las compañías mercantiles

intensificaron la fundación en curso de «factorías» en otros continentes, para mejorar su posición en las relaciones imperialistas; los industriales apoyaron tales prácticas en cuanto método adecuado para conquistar mercados exteriores a sus excesos de producción y nuevas fuentes de materias primas, y reducir la crispación laboral. Paralelamente, a la luz y en apoyo de tales experiencias, las esperanzas colonialistas provocaron ideologías que las sistematizaron y divulgaron y, a su vez, inventaron otras esperanzas: realizar el sueño prusiano de un «imperio» germánico, conquistar «espacio vital» (*lebensraum*), hacer carrera militar, administrativa o profesional y, como fundamento de todo, conquistar y proteger militarmente las zonas de influencia necesarias. Resultaron, pues, ideologías populistas para un colonialismo conquistador, capaces de ganar a nuevos grupos populares o militaristas por tradición u oficio, también involucrados de alguna manera en la crisis: pequeña burguesía, baja aristocracia, latifundistas y militares. Numerosas «Sociedades Colonialistas» se encargaron de producirlas y divulgarlas y, en cuanto grupos de presión, contribuyeron a que fueran superadas las reticencias gubernamentales contra el colonialismo. Hubo otras instituciones que, por diversos motivos, apoyaron con los hechos también el mismo tipo de colonialismo: Misiones religiosas, «Sociedades Geográficas» y simples aventureros realizaron labores preparatorias en el exterior, explorando países desconocidos, reuniendo conocimientos geográficos y lingüísticos sobre ellos, familiarizando a los «Salvajes» con la civilización occidental y creando ocasionalmente bases operativas.

En paralelo, comenzó a reorganizarse el gran capital financiero sobre la base de medidas aduaneras, fiscales y monetarias previas a la unificación política bismarckiana de 1871. Inmediatamente antes y después de esa fecha, aparecieron bancos modernos a escala nacional: el *Deutsche Bank* (1870) y el *Dresdner Bank* (1872), entre otros. Tras la victoria contra Francia en 1870, fluyó al país un capital inmenso en reparaciones de guerra que fue colocado en urbanismo, vivienda, crédito y especulaciones colonialistas. Pero, frente al colonialismo de conquista, el capital financiero persiguió un

colonialismo indirecto de bajos riesgos y gastos, o sea, el participar en colonias ajenas, cofinanciando grandes infraestructuras o explotaciones mineras, suministrando material ferroviario o armamentístico etc. y aprovechándose para ello de estructuras, territorios pacificados, ejércitos de ocupación, medios de comunicación etc., creados y mantenidos por otras naciones.

En resumen, en la segunda mitad del siglo surgió un consenso social generalizado a favor del colonialismo, fundado y, al mismo tiempo, profundamente dividido por los intereses materiales o idealistas de los diferentes grupos sociales, que se materializó en numerosas prácticas precolonialistas y se plasmó en ideologías contradictorias. Dominó la ideología de un colonialismo agresivo de conquista e «imperial». En la oposición, muy débil, destacó la postura decidida del Partido Socialdemócrata hasta 1914.

El Estado unificado de 1871 fue la institución que, por naturaleza, estaba llamada a restablecer el consenso unitario y realizar las esperanzas colonialistas. Su apariencia era la de un Estado fuerte, desde el momento que los deseos imperiales de Prusia habían renacido en su terminología (*Kaysers*, *Kaysertum*) y, sobre todo, en las tendencias belicosas de la sociedad hacia un «imperio» propio. Pero, oculto tras el belicismo ideológico, se realizó un Estado muy debilitado: en el interior, por la oposición socialista y, sobre todo, por la profunda división social a propósito del tipo y los métodos de colonialismo, entre otros temas; en el exterior, por su inferioridad militar y económica. Consecuentemente, sus gobiernos se mostraron, desde un principio, reticentes a acciones militares que entrañaran el riesgo de una confrontación internacional. No fueron capaces de crear en breve tiempo la infraestructura logística necesaria para la colonización: Marina y administración colonial eficientes, ni de plantear una síntesis política que

reconciliara las exigencias sociales enfrentadas (3).

Ante la división e impotencia nacionales, hubieron de ser circunstancias exteriores las que, finalmente, propiciaron e incluso configuraron esencialmente el colonialismo alemán. De nuevo fue una crisis —la del imperialismo europeo en la segunda mitad del siglo XIX— de donde surgieron las oportunidades: la perspectiva de una nueva repartición del mundo con nuevos actores y la necesidad de una «modernización» de los viejos métodos colonialistas autoritarios.

Desaparición o decadencia terminal de imperios coloniales tradicionales (España, Holanda, Portugal), crecientes conflictos locales o movimientos de liberación en las colonias y continuos descubrimientos geográficos plantearon grandes vacíos de poder en el mundo colonial. Los esfuerzos por llenar esos vacíos desembocaron en tensiones internacionales entre Francia y Gran Bretaña, naciones con las más amplias bases coloniales y los mayores recursos militares y económicos, a las que se sumaron otras naciones advenedizas con aspiraciones propias: Alemania, EEUU, Italia, Japón y Rusia. Para evitar el riesgo de una conflagración mundial, la Conferencia de Berlín de 1884 propuso la utilización de medios pacíficos en dos pasos, a sea: sustituir el principio de los «derechos históricos» por el de la «ocupación efectiva» como base jurídica para el reconocimiento internacional de nuevas colonias, y proceder a una nueva repartición del Planeta sobre la base de tratados diplomáticos. La vía de los tratados internacionales y la «ocupación efectiva» hubiera podido ser una contribución importante a la distensión internacional, porque reconocía el derecho de las naciones advenedizas a colonias propias y les ofrecía el camino para conseguirlas. Pero era también contraproducente: en el fondo se trataba

(3) A pesar de todo, por circunstancias exteriores urgentes sobre las que se volverá más tarde, la colonización comenzó precipitadamente en 1884 en el marco de las expectativas creadas por el Congreso de Berlín. Los esfuerzos rearmamentísticos durante todo el período colonial resultaron insuficientes para sostener conflictos internacionales o controlar y aprovisionar adecuadamente con la ayuda de la Marina las colonias, demasiado lejanas y dispersas. La creación de una burocracia colonial competente fue abandonada oportunísticamente a la casualidad de las relaciones internas

en la metrópolis, sin atender a las experiencias coloniales en curso.

A mediados de la década de los '90 fueron planteadas, por primera vez, síntesis políticas capaces de debilitar la oposición interior al colonialismo. Un ejemplo típico de las reticencias gubernamentales iniciales fue el gobierno del Canciller Bismarck, largo tiempo paralizado entre la necesidad nacional de colonias propias y el temor a una confrontación con Francia. Con todo, fue precisamente bajo su gobierno cuando se puso en marcha la colonización.

de una vuelta a los orígenes históricos del colonialismo y una mera corrección de imagen del militarismo en cuestión; como tal, provocó una carrera apresurada por crear hechos consumados que incluía tanto la conquista militar de nuevos territorios como el despojo violento de las potencias coloniales en decadencia (4). El riesgo de conflagración mundial o conflictos locales continuaba, pues, presente.

En este punto, la crisis ofreció su segunda oportunidad: la necesidad de profundizar la «modernización» del viejo imperialismo, precisamente también en sus relaciones directas con las colonias. Ello sí se tradujo en exigencias originales, que, sin embargo, apenas se realizaron: renunciar a medios puramente militares y a la dictadura en la ocupación o administración de los dominios, y utilizar, en su lugar, «medios pacíficos» o integradores capaces de crear el consenso de los pueblos dominados. O también con otras palabras: se debía tratar, desde un principio, de exportar a los dominios el sistema europeo en lo económico (libre mercado), lo político (participación y garantías) y lo social (servicios públicos, como enseñanza y sanidad), en lugar de limitarse a la mera explotación del subdesarrollo.

La influencia de las nuevas oportunidades internacionales sobre el colonialismo alemán fue ambigua. Las perspectivas acuciantes de nueva repartición mundial y el derecho reconocido a participar en ella ofrecieron a los defensores del inicio inmediato de la colonización nuevos argumentos y contribuyeron a superar reticencias políticas. Pero al mismo tiempo, las relaciones de poder internacionales obligaron a Alemania, una de las naciones advenedizas más débiles, a contentarse con pequeños territorios marginales. En la medida en que la «modernización» de las relaciones con las colonias, discrecional y muy laxa, pudo ser eludida, también el colonialismo alemán empleó los medios agresivos tradicionales y se centró en la explotación del subdesarrollo, con leves retoques «revisionistas» de imagen.

(4) P.e., Alemania despojó a España de las Islas Carolinas, y los EEUU, de Cuba etc.. Desde finales del siglo hubo numerosos conflictos y acuerdos diplomáticos entre Alemania, Francia y Gran Bretaña por el despojo de Portugal de sus colonias africanas y de Bélgica de su parte del Congo.

Características generales del colonialismo moderno: 1884-1945

En ese último sentido, el colonialismo alemán fue idéntico al contemporáneo de otras naciones. Tan sólo en la violencia resultante hubo diferencias graduales. Se recurrió a tratados internacionales para dejar reconocer las ocupaciones y a contratos con las élites locales para asegurarse su colaboración etc., pero siempre —en Africa, sistemáticamente y en otros lugares, ocasionalmente— apoyándose también en acciones militares cruentas y relaciones con la población local como semovientes. De ahí resultó la violencia estructural típica del colonialismo autoritario, centrado en el «cambio desigual»: dictadura e impunidad burocráticas, menosprecio de las garantías legales, excesiva rigidez judicial (p.e. predominio de condenas a penas corporales graves), deportaciones étnicas, sustitución de las culturas autóctonas por la occidental y de las economías locales por explotaciones alemanas y explotación laboral (p.e. trabajo forzoso, salarios bajo el nivel de supervivencia) etc.. Una diferencia esencial, sin embargo, fue la precariedad del dominio colonial alemán en sus aspectos temporales, espaciales, funcionales y políticos. La propaganda pretendió sugerir un gran «imperio», con ayuda de fórmulas populistas, como p.e.: «una India Alemana en Africa», o sea una poderosa colonia unitaria en Africa Austral y Central, como base para un futuro imperio mundial germánico, en competencia con el británico. Pero un «imperio» no llegó a existir jamás, al menos no antes del Nacional-Socialismo, en el sentido de dominio centralizado sobre una gran parte del mundo exterior. Por el contrario, el dominio colonial hasta la I Guerra fue muy breve, con una duración de unos 30 años, abarcó una parte ínfima del Planeta, 1,6% en 1914 (5), y estuvo muy disperso por varios continentes, con colonias de dimensiones muy reducidas: enclaves en el Océano o cercadas por grandes colonias ajenas. En consecuencia, las comunicaciones

(5) En 1914, comienzo del final del colonialismo alemán y punto álgido del nuevo colonialismo mundial, el dominio colonial alemán era casi tan pequeño como el italiano (1,8% de la Tierra), el belga (1,6%), el danés (1,5%) o el holandés (1,4%), entre otros. Y mucho menor que el británico (21,5%), el ruso (15%), el francés (7,7%) o el estadounidense (7,6%).

de las colonias con la metrópolis o incluso entre sí dentro de un mismo continente fueron malas. Malas comunicaciones y libertad extrema de la iniciativa privada obstaculizaron el desarrollo económico y político. En lugar de concertación económica para realizar conjuntamente el interés nacional ideal de búsqueda de mercados, materias primas y alimentos, hubo casi tantas economías coloniales autónomas como colonias, sometidas a las exigencias empíricas de un «cambio desigual» oportunístico, a tenor del predominio local de intereses en discordia mineros, agrícolas, industriales o meramente mercantiles de pequeñas compañías o del gran capital financiero etc.. Todas las colonias, menos una, tuvieron gobiernos civiles, dependientes del Ministerio de Exteriores, pero hubo grandes diferencias en el ejercicio del control político, que fue muy superficial en las pequeñas colonias insulares del Pacífico (6) y rígido en las pequeñas y medianas de África (7), donde además fue excesiva la contradicción entre la dureza arbitraria contra los Africanos y la falta de regulación económica respecto a los intereses europeos. Tan sólo en Kiautchu, la única colonia con gobierno militar dependiente del Ministerio de Marina, fue impuesta una política del desarrollo en cierta medida racional y unitaria.

Tras la pérdida de las colonias durante la I Guerra, en la República de Weimar el colonialismo sobrevivió como mera propaganda y exigencias de reparaciones a la comunidad internacional. Bajo el Régimen Nacional-Socialista, se radicalizó la propaganda colonialista, volviendo a la viejas ilusiones imperiales, pero la aportación original fue un plan colonizador centrado en la dominación de Europa y realizado parcialmente.

(6) Algunas de ellas eran meros islotes o atolones casi desérticos. Estuvieron infrautilizadas con «estaciones» de apoyo al comercio. La situación insular dificultaba en la mayor medida las comunicaciones. Fueron agrupadas nominalmente como «Nueva Guinea Alemana» y «Samoa Alemana». La primera estaba compuesta por «Tierra Kaiser Wilhelm» (parte de la tierra firma de Nueva Guinea), «Archipiélago de Bismarck» (frente a la anterior), Bougainville y Buka en las Islas Salomón y numerosos islotes en Micronesia (Islas Carolinas, Marianas (excepto Guam), Palau y Marschall, y la isla Nauru).

(7) Las colonias de menor extensión se hallaban al este del continente y formaban un todo continuo: Tanzania, Ruanda, Urundi, Tanganica, agrupadas nominalmente como «África Oriental Alemana». Las del suroeste y oeste: Namibia,

Prácticas de la colonización en África y en China: 1884-1918

A continuación intentaré escribir brevemente el proceso colonizador desde mediados de los '80 del siglo pasado hasta la I Guerra, limitándome a dos casos muy diferentes en África y en China donde es posible observar el empleo ambiguo de «medios pacíficos»: Togo, con una ordenación territorial colonial típica, y Kiautchu, donde destacó un urbanismo colonial atípico.

Togo. En la segunda mitad del siglo pasado, África aparecía como una presa fácil para el nuevo colonialismo europeo, incluso para el de las naciones más débiles: era un continente cercano y bien comunicado al europeo; la decadencia de los imperialismos español y, sobre todo, portugués y la crisis del Congo Belga habían abierto o estaban a punto de abrir grandes territorios para nuevas ocupaciones; a ellos se sumaban las inmensas tierras del interior aún desconocidas, sobre cuyas supuestas riquezas fabulaban continuas exploraciones; las naciones más fuertes, Francia y Gran Bretaña, estaban ya allí presentes, pero no habían consolidado aún sus dominios ni parecían invulnerables; las autoridades nativas eran identificadas con débiles jefes de tribus; tratándose mayormente de población «negra», conocida de la esclavitud como la raza más inferior, los Europeos podían superar tanto más fácilmente temores militares o escrúpulos morales.

Los intereses colonialistas alemanes se centraron, pues, en África donde surgieron sus colonias más extensas. Los actos iniciales de ocupación y los ampliamentos siguientes fueron acompañados por intervenciones militares. El hecho de que los poderes

Camerún, Togo, también fueron agrupadas bajo denominaciones generales («África Suroccidental Alemana», «África Occidental Alemana») que engañaban sobre la dispersión real existente, ya que estaban separadas entre sí y de las colonias orientales por extensos dominios británicos, franceses y portugueses. En conjunto, también en África las comunicaciones y las relaciones económicas eran muy difíciles. Las relaciones entre las diferentes economías coloniales no fueron reguladas por un plan coordinador, tampoco efectivamente las relaciones internas a cada una de esas economías entre actividades e intereses privados comerciales, agrícolas o mineros. Para completar el cuadro de la presencia efectiva de Alemania en África, habría que citar la importante participación de capital privado alemán en la explotación de yacimientos mineros en Sudafrica.

ejecutivos, judiciales y militares fueran ejercidos por funcionarios mal preparados, provenientes de los escalafones más bajos en la burocracia, el ejército, la policía, la judicatura etc., propició la generalización de gobiernos dictatoriales de la mayor dureza y arbitrariedad de todo el mundo colonial alemán. A pesar de ello, en las relaciones exteriores, Alemania hubo de respetar ciertos condicionamientos «revisionistas», especialmente la necesidad de tratados internacionales para asegurar jurídicamente las colonias o para realizar anexiones controvertidas — tratados que, dada la hegemonía de Francia y Gran Bretaña en África, casi nunca le benefició (8).

Globalmente pueden distinguirse dos grandes etapas, más o menos sincrónicas en todas las colonias alemanas en África: Desde mediados de los '80 hasta alrededor de 1906, se impuso gradualmente el nuevo sistema colonial en lo burocrático, militar o policial y religioso, se transformó el pequeño capital colonialista de los orígenes bajo el dominio del financiero y estallaron grandes levantamientos indígenas, que fueron reprimidos cruentamente (9). A continuación hasta 1914, sobre la base de una cierta pacificación y represión militar menguante, se desarrollaron las actividades económicas y culturales y se plantearon, con poco éxito, algunos proyectos de reforma en el ejercicio del poder colonial.

La colonia de TOGO, en la costa occidental africana llamada «de los Esclavos», con un

estrecho acceso al mar junto a la desembocadura del río Mono, fue eminentemente mercantil y agrícola. Fue la colonia africana más pequeña, con sólo 87.200 km² y una población de cerca de un millón de habitantes hasta 1914, compuesta por las etnias Ewe, Tem y Moba Gurma. Ha sido presentada por la propaganda oficiosa como «colonia modelo». Pero en realidad, también su colonización mostró los contrasentidos de las restantes colonias africanas.

Hacia la mitad de la década de los '80, existían presupuestos locales que facilitaron o incluso provocaron su colonización por parte de Alemania: una cierta urbanización de la franja costera en cuestión y el conflicto imperialístico entre Francia y Gran Bretaña por su control (10), así como las actividades de misioneros y comerciantes alemanes (11). Los misioneros cristianizaron sectores de población, aportaron nuevos conocimientos sobre el interior del país y transcribieron la lengua de los Ewe. Los comerciantes crearon bases comerciales en la costa en competencia con intereses británicos y franceses, resultando involucrados, como tercero en discordia, en el conflicto imperialístico existente: los Británicos les aumentaron los aranceles un 50%-100%, y el gobierno alemán hubo de intervenir en su protección. En 1884, la tripulación del barco de guerra «Sophie» desembarcó «con las bayonetas caladas» y obligó a los jefes de tribu locales a negociar a bordo un contrato de protección, mientras dos de sus jefes eran conducidos

(8) Como se verá a continuación, la «ocupación efectiva» de Togo sólo fue reconocida parcialmente y Alemania fue obligada a renunciar a terrenos previamente conquistados. La citada Conferencia de Berlín de 1884 le abrió la posibilidad de participar en un régimen de libre comercio en las cuencas de los ríos Níger y Congo. Las actividades diplomáticas más intensas tuvieron lugar cuando se trató de ampliar o simplemente «redondear» las propias colonias africanas con territorios franceses, belgas o portugueses de Congo y Mozambique, o bien de penetrar en países de alto riesgo internacional, como Marruecos. El «Acta de Algeciras» de 1906 limitó la soberanía marroquí a favor de un protectorado francés, abriendo, a cambio, la explotación económica del país a empresas internacionales. Por el «Tratado Germano-Francés» de 1909, Alemania fue obligada a retirarse políticamente de Marruecos, a cambio del compromiso francés de respetar sus intereses económicos en el país. En los «Acuerdos sobre Marruecos» entre Alemania y Francia de 1911, Alemania reconoció definitivamente el derecho francés a un protectorado marroquí, a cambio de una parte del Congo Francés (alrededor de 295.000 km², entre Congo y Camerún). El «Tratado Anglo-Germano sobre Angola» de 1898 previó la entrega a Alemania de una gran parte del imperio colonial portugués, pero no se cumplió. El «Tratado Anglo-Germano» sobre la entrega a Alemania de Angola y de una parte de Mozambique de 1913 en Londres ni siquiera llegó a ser firmado por los respectivos gobiernos, etc. etc.

(9) Uno de los más conocidos fue el de los Hereros en Camerún, que desembocó en la extinción casi total de la etnia.

(10) La urbanización costera y el conflicto imperialístico fueron resultado del colonialismo mercantil precedente: desde el comercio tradicional de los Portugueses a lo largo de la costa hasta su sustitución por Británicos y Franceses. En la década de los '80 del siglo pasado, la urbanización de la franja costera comprendía ciudades comerciales, como Aného (4000-6000 habitantes) y Porto Seguro (2000 habitantes), y poblados de pocos cientos de habitantes, como Lomé. Los Franceses ocupaban Lomé y consideraban los cerca de 50 km de playa hasta Aného su zona de influencia económica; los Británicos, la vecina Costa de Oro, reivindicando igualmente su ampliación hasta Aného.

(11) Misioneros protestantes comenzaron a llegar a Togo desde 1853, asentándose junto a ciudades existentes en las montañas suroccidentales del interior, una región con buen clima y economía africana desarrollada.

Desde 1856 habían ido apareciendo hasta 4 pequeñas compañías comerciales de Breme y Hamburgo con actividades a lo largo de la costa desde Accra hasta Lagos, que se establecieron, finalmente, en 1874-1875 en Aného, atraídas por las riquezas naturales y las facilidades aduaneras con la vecina colonia británica. Importaban de Alemania aguardiente, pólvora y tabaco y exportaban productos locales: aceite de palma, algodón, cacao, caucho y marfil.

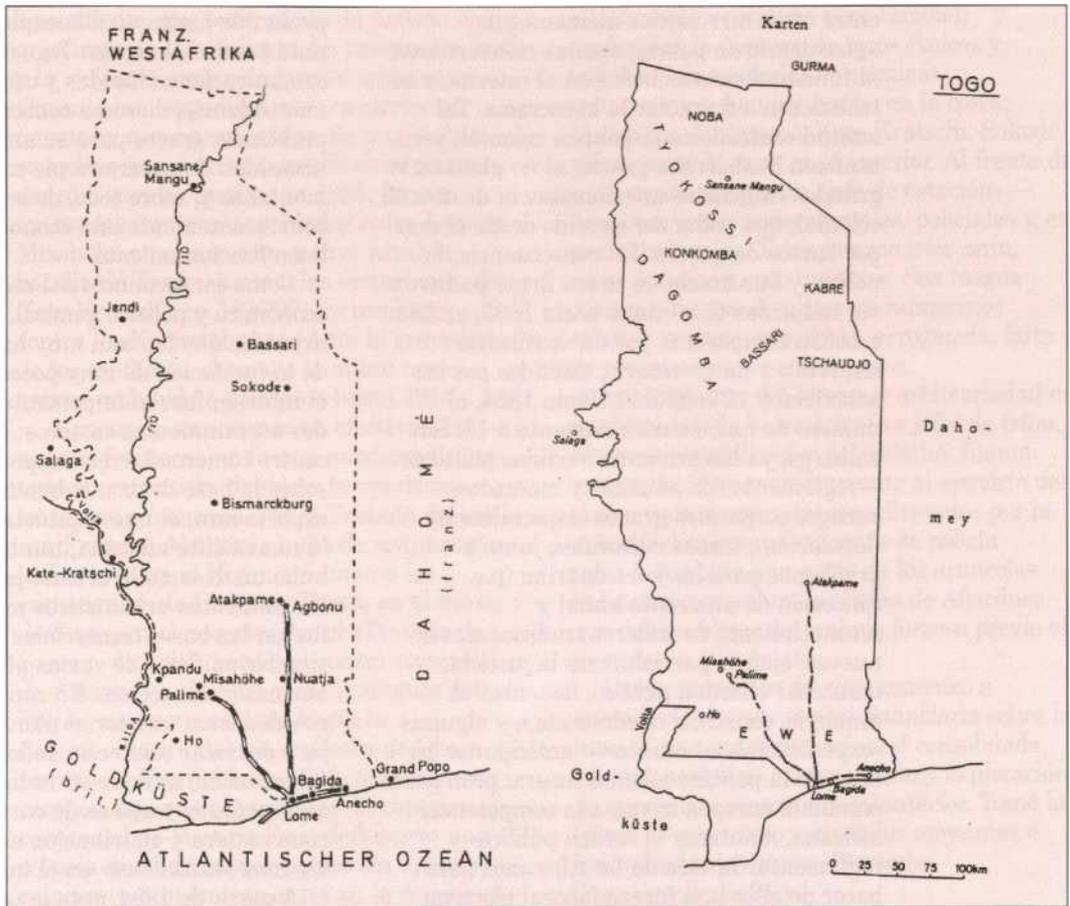


FIGURA 1. La colonia de Togo (1884-1914) en 1912, la menor de la colonización alemana en África. La concentración de nuevos centros urbanos y grandes infraestructuras en la mitad sur indica el desequilibrio planificado entre mitad norte y sur. La rectilínealidad ocasional de las fronteras es típica del colonialismo.

Fuente: H. STOECKER (editor): *Drang nach Afrika*, 2a ed., Berlín 1991: 303.

como rehenes a Alemania. Bajo presión de la compañía Wölber & Brohm, los jefes de tribu de Aného enviaron al Emperador una petición en el mismo sentido. El desembarco definitivo tuvo lugar en la zona de interés británico, a 50 km al Oeste de Aného. En Julio del '84 se firmó el contrato con los jefes de los pequeños poblados costeros Lomé y Bagida y de sus alrededores: a cambio de «protección imperial» contra invasiones extranjeras, los Africanos concedieron a Alemania el monopolio comercial en unos 20 km de costa, con los poblados Lomé y Bagida, y se tomó nota de la reivindicación de otros 15 km más con la ciudad de Porto Seguro. Se trató, pues, de un «protectorado»

comercial muy reducido, pero suficiente como punto de partida para conquistas sucesivas, o como masa negociable en intercambios territoriales. En un principio, sólo los Británicos reconocieron el contrato. En Diciembre de 1885, se les sumaron los Franceses, quienes renunciaron a Aného y Porto Seguro a favor de los Alemanes.

Hasta mediados de los '90, el desarrollo de la economía colonial, en manos de pequeñas compañías mercantiles, fue modesto y conservador. Escasas de capital y a la búsqueda de beneficios rápidos, las compañías limitaron sus actividades a la zona costera, centrándose en el contrabando con la colonia británica y la importación,

entre otras mercancías alemanas, de aguardiente de patata; apenas reinvertieron ni fundaron nuevas bases en el interior, y se resistieron a financiar la burocracia. Tal actitud contradecía la política colonial, pero también le ahorra gastos, al no plantearle grandes exigencias anexionistas ni de control colonial, que podía ser ejercido desde el mar por barcos de guerra. En consecuencia, la policía y burocracia en tierra firme pudieron ser reducidas al mínimo: hacia 1885, ambas estaban compuestas por un «comisario imperial» y un secretario, asistidos por un suboficial y 12 soldados. Hasta 1894, el número de funcionarios aumentó a 17. Sin embargo, ya las primeras medidas políticas —reglamentos de aduanas y mercados, castigos corporales graves (especialmente flagelación), trabas culturales, junto a privilegios para los jefes de tribu (p.e. concesión de una renta anual y reconocimiento de poderes tradicionales o nuevos: ejercer parcialmente la justicia, mantener el orden público, fomentar el comercio, construir caminos etc.), y algunas «expediciones» al interior— anticiparon los fines de la política colonial futura: proteger la economía europea frente a la competencia africana, mantener el «orden público» y reglamentar la vida de los Africanos para hacer de ellos una fuerza laboral efectiva, integrar a las élites locales en la ejecución de la política colonial y ampliar progresivamente la colonia. La estrategia de la anexión progresiva fue ya la de crear hechos consumados, o sea «ocupación efectiva» de nuevos territorios con «estaciones» militares o de otro género y su integración en la economía del protectorado costero como base jurídica de futuras reivindicaciones ante la comunidad internacional. El medio, la conquista con ayuda de «expediciones» militares. En 1884, fueron ocupados 250 km² del inmediato hinterland costero. En «expediciones» sucesivas fueron fundadas en 1890, más al interior, las «estaciones» de Bismarckburg en el nordeste y de Misahöhe en el centro. Pero las «expediciones» confirmaron ya que la mitad norte no sería rentable para una economía capitalista porque carecía de nuevas materias primas, especialmente mineras, y de ríos navegables, y las caravanas eran lentas y encarecían el transporte; que, a falta de inversiones públicas en grandes infraestructuras, era

preferible limitarse a la explotación de la mitad sur, el llamado «Togo útil», por sus comunicaciones rápidas y cómodas con el mar. Además, dieron a conocer otros problemas graves para su anexión: la necesidad de superar a pie cadenas de montañas y, sobre todo, de sustituir convincentemente una economía autóctona en buen funcionamiento.

Como consecuencia del escaso desarrollo económico y político general, también la urbanización fue aún muy limitada. A parte de la fundación de muy pocas «estaciones» en el interior, fueron importante los casos de dos asentamientos costeros: Lomé, nuevo centro comercial, creció espontáneamente sobre la base del contrabando, la agricultura exportadora, el nuevo proletariado nativo y la nueva élite africana; también en Aného hubo un desarrollo urbano parecido. Uno de los elementos urbanísticos más notables fueron las bases comerciales o «factorías»: simples edificios de varias plantas para oficinas y almacenes. En cambio, la reordenación territorial planificada comenzó ya a destacar como uno de los pilares de la colonización, aunque su radio de acción fuera aún modesto: mejoras de carreteras en la zona costera y distribución estratégica de algunas «estaciones» en el interior.

A partir de 1894, ante la necesidad de asegurar la colonia con fronteras reconocidas internacionalmente, se intensificó la «ocupación efectiva», ocasionalmente con ayuda de la iniciativa privada. En aquel año, una gran «expedición», camuflada como «científica», atravesó Salaga, Yendi y Pama hasta Sai en el río Níger donde se intentó imponer, sin éxito, un «contrato» de protección al Sultán de Gando. Durante otra en 1895, también hacia el norte, fue quemada y saqueada la ciudad de Yendi y se fundaron «estaciones» en Sansanné Mango, Gurma y Pama. En 1896/97, una nueva salió de Kratschi hacia Sugu, Semere y Bafile en el noreste, donde fueron fundadas más «estaciones». En 1896, Sholto Douglas, gran propietario de minas en Camerún, obtuvo licencia para organizar una «expedición» particular, a cambio de cooperar en la represión militar. La «expedición» estuvo bajo el mando de F. Hupferd, un experto en minas; no se encontró subsuelo explotable, pero Sh. Douglas adquirió un terreno de unos 300 km² por 2485 marcos pagados con

aguardiente, que sería punto de partida de un gran imperio inmobiliario. La resistencia local y la violencia conquistadora se acrecentaron. Durante las «expediciones» era corriente quemar y saquear poblados. Se provocaban revueltas que, a su vez, justificaban nuevas expediciones de castigo: en 1895, fueron quemados numerosos poblados entre Lomé y Misahöhe en el suroeste, y tuvo lugar la batalla de Taschi, junto a las «estaciones» de Kete-Kratschi; en 1896/97, los combates contra los Konkomba etc.. Ante la gravedad de los conflictos, el paso a la mitad norte estuvo prohibido a Europeos hasta 1914.

A pesar de su «ocupación efectiva», las nuevas fronteras no fueron sancionadas en toda su extensión, debido a la oposición británica y francesa. Por el Tratado de 1897 con Francia, Alemania hubo de renunciar a la frontera en el Níger, así como a las «estaciones» de Gruma y Pama, en el norte, y de Sugu, en el noreste. Por el «Tratado de Samoa» de 1897, perdió el centro comercial de Salaga, en el oeste, y el «Triángulo del Volta», una zona costera hasta la desembocadura del río en Costa de Oro, a cambio de Yendi. Hacia 1900, las fronteras reconocidas, que consumaron la ruptura territorial de la etnia Ewe, definieron una colonia dividida en dos partes sin apenas relaciones económicas entre sí: la franja costera originaria de unos 50 km y una zona interior de unos 550 km hacia el norte.

Las intensas actividades anexionistas y la ampliación de la colonia exigieron un aparato militar y burocrático más efectivo. La fuerza militar fue incrementada a 150 miembros en 1895, y hasta 500, en 1897. En realidad, se trató de una «tropa policial», en su mayor parte mercenaria, con tareas tanto militares como policiales: apoyar «expediciones» de conquista y castigo, vigilar los campos de trabajadores, transmitir órdenes de la burocracia a los jefes de tribu etc.. Al frente de la colonia fue colocado un «Gobernador» civil, cuya sede fue trasladada, en 1897, de Aného a Lomé. La colonia fue dividida en 7 regiones administrativas, lo que favoreció la

efectividad burocrática pero también profundizó la ruptura de lazos étnicos y tribales y de unidades económicas tradicionales: Lomé y Aného en la costa; Misahöhe, Atakpamé, Kete-Kratschi, Sokodé y Sansanné Mango, en el interior. Al frente de cada región estaba un «jefe de estación» — funcionario con poderes civiles, policiales y, en parte, judiciales. Tales funcionarios eran, pues, prácticamente impunes. Sus rasgos comunes fueron descritos en numerosos relatos: racismo, xenofobia, arrogancia, falta de conocimientos profesionales, desconocimiento del idioma y arbitrariedad en la aplicación de la justicia. Los jefes de tribu, elemento estabilizador del sistema, fueron integrados más estrechamente al ejercicio del poder: eran nombrados o confirmados por la autoridad colonial, disponían de policía propia, recibían una parte de los aranceles judiciales, proponían las listas de Africanos que debían librar del trabajo forzoso previo el pago de un tributo etc..

Desde principios de siglo comenzó a extenderse el gran capital financiero sobre la base de una autoridad colonial consolidada, nuevos medios de comunicación y explotación de las regiones agrícolas del interior. Tomó la forma de poderosas sociedades anónimas o limitadas, entre otras: «Deutsche Togo-Gesellschaft» y «Deutsch-Westafrikanische Handelsgesellschaft» con un capital de 2,225 millones de marcos, etc.. La primera, fundada en 1902 por F.Hupfeld con un capital de 750.000 marcos, aumentados a 1,3 millones en 1911, fue una de las más significativas, llegando a dominar gran parte de la economía colonial: el sector inmobiliario, partiendo de la compra a Sh.Douglas, uno de sus mayores accionistas (12), de sus ya citados 300 km² por 220.000 marcos; el agrícola con grandes «plantaciones», compitiendo con los cultivos africanos o controlándolos; y en consecuencia, también el exportador con nuevas «factorías» en competencia con las pequeñas compañías existentes. Para su propio desarrollo se sirvió de diversas filiales (13).

(12) Otro gran accionista fue el «Königlich Württembergische Hofbank». El resto del accionariado estuvo compuesto por numerosos funcionarios, oficiales, grandes comerciantes e industriales.

(13) Las filiales - «Agu-Pflanzungsgesellschaft», «Togo-Pflanzungs-A.G.», «Gadja-Pflanzungs-A.G.» y «Kpeme» - actuaban como testaferros de la sociedad matriz en negocios inmobiliarios (p.e., comprándole terrenos a

altos precios cuando aquélla fue obligada en 1911 a desprenderse de una gran parte de sus propiedades), en la dirección de sus plantaciones o en la fundación de otras nuevas. En 1913, las filiales en conjunto representaban un capital de 2,5 millones de marcos, y habían plantado hasta entonces 1830 ha de sisal, palmas de aceite, cacao y caucho. En sus plantaciones trabajaban 620 Africanos fijos y 8 Europeos.

La posición casi monopolista en los sectores inmobiliario y agrícola del capital financiero conllevó una reorganización de la agricultura que condenó a la africana al subdesarrollo. La economía autóctona del interior, centrada en la venta o intercambio de sal, productos textiles y agrícolas, ganado y esclavos, en relaciones estrechas con las colonias británicas y francesas, había sido capaz, hasta la llegada de los colonizadores alemanes, de satisfacer las necesidades de la población y además de exportar mercancías excedentes. Gracias a la utilización intensiva de mano de obra humana —en parte esclavos—, para ella los medios de transporte disponibles, como las caravanas, resultaban rentables. Incluso en la zona costera se producía ya algodón desde 1865. Durante la colonización, la agricultura africana fue capaz de competir con las «plantaciones» europeas (14) hasta el punto que el gobierno colonial se propuso reducir su competitividad con medidas políticas: en 1892, se prohibió a los Africanos exportar maíz; desde principio de siglo, se les privó de protección frente al mercado internacional; y, sobre todo, se intentó integrar sus cultivos en la economía colonial, dictándoles los productos —aquellos que no eran rentables en las mayores «plantaciones» europeas—, los métodos de trabajo y los precios de las cosechas, que debían ser entregadas a la policía o directamente a compañías particulares.

El dominio de la agricultura provocó el riesgo de un monopolio de la exportación en manos del mismo capital financiero. Para sobrevivir al nuevo nivel competitivo, las pequeñas compañías hubieron de abandonar su actitud conservadora e impulsar las propias reinversiones, consiguiendo hasta 1913 evitar el monopolio único (15). La lucha por el comercio era necesaria por la importancia de sus beneficios. Se siguió importando de Alemania, en primer lugar, una mercancía muy barata: el aguardiente

de patata, que en 1914 representó 1/4 de las importaciones. La exportación de materias primas creció de 3,54 millones de marcos en 1896 a 19,77 millones en 1913, destacando los productos de palmas (37,5 millones de marcos entre 1899 y 1913) y el caucho (9,5 millones entre 1903 y 1913). Supuesto un margen de beneficio del 30% —el dato es de las mismas compañías—, los beneficios netos debieron alcanzar varios millones anuales.

En contraste con el crecimiento comercial, no hubo desarrollo industrial porque faltaban las materias primas necesarias (bauxita y minerales de hierro descubiertos en Banjeli no parecían rentables) y, sobre todo, porque la producción industrial no hubiera sido capaz de aportar beneficios tan altos a corto plazo como el «cambio desigual» con materias primas (16).

La tensión social en aumento provocó nuevas formas de protesta o intensificó las antiguas, p.e. la emigración a las colonias vecinas de poblados enteros y el movimiento de liberación nacional surgido desde principios del siglo en Aného y Lomé bajo la dirección de los jefes de tribu y de jóvenes africanos de la nueva élite. El movimiento se centró, al principio, en peticiones al Reichstag, en las que se relataban los crímenes colonialistas: falta de derechos, castigos corporales graves, represalias económicas, violaciones de menores etc..

En respuesta, fueron incrementadas las medidas represivas —«tropa policial», expediciones de castigo, trabajo forzoso, sistema tributario y rigor judicial (17)— que ayudaban a mantener el «orden público», pero también agravaban la cripación social, arrastrando la colonia en una espiral de violencia. Las políticas sociales, por el contrario, avanzaron con lentitud y ambigüedad típicas del colonialismo autoritario. En la política educacional se defendieron el principio chovinista de la germanización y el racista de la incapacidad

(14) Hasta 1894, destacaron los casos de Olympe, antecesor de un futuro presidente de la República, con 11.000 árboles de café en Lomé; Madeiros, con 6500 en Begida; D'Almeida, con 1500 en Aného; Aite Ajavon, con 500 etc.. Trabajadores togoleses, a su vuelta de Costa de Oro, cultivaron cacao en los Montes Togo: en 1913, mantenían 246.000 árboles - 45.000 de ellos en producción -, con una cosecha de 334 t. Otros productos competidores eran dátiles, aceite de palma y, sobre todo, maíz con una cosecha de 30.000 t en 1908.

(15) Por esa fecha existían aún 12 compañías. Un caso significativo fue el del comerciante Olof, establecido en la colonia desde 1889. Su «Bremer

Kolonial-Hendelgesellschaft», fundada en 1905 con un capital de 1,23 millones, realizó entre 1909 y 1912 300.000 marcos anuales de beneficios netos y repartió entre 1908 y 1911 dividendos del 17,5%.

(16) En 1914, las pocas fábricas existentes dependían de la agricultura o del consumo interior: 10 para el deshuese del algodón, 3 para derivados del aceite de palma, 1 para los del sisal, 1 de jabones y 1 horno de cal.

(17) Un indicador importante pueden ser las condenas y su naturaleza. Las condenas generales aumentaron de 1072 en 1901 a 6009 en 1911; las especiales a castigos corporales (sobre todo, a la flagelación), de 162 en 1902 a 733 en 1912.

de los Africanos para la cultura — la otra cara de la conveniencia práctica de mantenerlos en la ignorancia para facilitar su indefensión ante la explotación. De hecho, las pocas realizaciones fueron a rastras de la iniciativa africana o respondieron a exigencias ineludibles de la economía colonial, como formación básica en lengua alemana y valores occidentales etc., y formación laboral. La primera escuela gubernamental fue fundada en Aného en 1890 por exigencia de los jefes de tribu, que la cofinanciaron con 100 marcos; en Lomé fueron fundadas una escuela primaria para futuros empleados de la burocracia y otra secundaria, también por exigencia de los africanos mismos, donde en 1912 2 maestros alemanes y 8 africanos enseñaban a 181 alumnos; un Instituto de Formación Agrícola en Nuatja fracasó por falta de alumnado. La iniciativa privada intervino desde diversos intereses: la élite africana solía enviar a sus hijos a las colonias vecinas para una formación superior; los misioneros, preocupados por la educación popular, fundaron 342 escuelas con 13.098 alumnos en 1914, o sea alrededor del 3% de población en edad escolar. La sanidad pública, falta de medios y personal cualificado, estuvo mantenida, en gran parte, por las aportaciones personales y materiales de los Africanos (18) y se centró en combatir epidemias que reducían el rendimiento laboral y amenazaban indiscriminadamente a toda la sociedad, como la viruela (con un solo médico) y la enfermedad del sueño. En caso de otras enfermedades, el personal sanitario estaba, generalmente, al servicio de Europeos y de los pocos Africanos que podían pagarse el tratamiento y las medicinas.

Las políticas territorial y urbanística se centraron en la mitad sur donde el modelo de

desarrollo reinante había creado sus propias necesidades y condiciones favorables, p.e.: una cierta pacificación, control policial estable, inversiones privadas, actividades misioneras (19) y transformaciones territoriales y urbanas en germen necesitadas de más control y de nuevos impulsos etc.. Para el desarrollo territorial se multiplicaron las grandes infraestructuras públicas y las urbanizaciones rurales, y se crearon numerosas explotaciones agrícolas europeas y otras «estructuras precarias». Las grandes infraestructuras han sido elementos estables en el tiempo y han contribuido esencialmente al desarrollo general del país. Junto a la mejora continuada de carreteras, se comenzó en 1904 a construir el ferrocarril, que definió la red actual de grandes líneas, con Lomé como gran centro ferroviario y punto de partida de una línea costera de 45 km hasta Aného (1905) y de dos interiores: una de 119 km hasta Kpalimé en el Noroeste (1907) y otra de 168 km hasta Atakpamé en el norte (1909). Otros proyectos, como la continuación de la línea costera hasta la región de las palmas y la de Atakpamé hasta Sokodé y Sansanné Mango, fueron realizados después de la I Guerra, bajo el nuevo Mandato Colonial. Además, se reconstruyó el gran puerto marítimo de Lomé (1904), que impulsó la concentración de actividades exportadoras en la ciudad y consiguió abrir la colonia al mundo exterior. Las grandes plantaciones europeas («grandes» en relación a las dimensiones reducidas de la colonia y, generalmente, también de los cultivos africanos) fueron elementos determinantes a la hora de plantear el esquema territorial de grandes infraestructuras. Entre sus efectos a largo plazo resalta el subdesarrollo agrícola nacional. «Estructuras precarias» surgieron de necesidades colonialistas efímeras y

(18) El personal sanitario estuvo compuesto en su mayoría por enfermeros africanos, a los cuales, significativamente, no les estaba permitido cualificarse como médicos. Entre las aportaciones materiales, es curioso el caso de los ladrillos donados por los Africanos para la construcción del hospital de Aného, que luego estuvo al servicio exclusivo de Europeos.

(19) Las actividades misioneras fueron muy importantes no sólo para el desarrollo cultural sino también para el territorial o urbano. A las ya citadas misiones protestantes, asentadas en el interior, en la región del Volta, les siguió en 1892 la católica «Steyler Mission», dotada de grandes medios económicos, que se estableció primero en la costa y más tarde en el interior, junto a las primeras. Establecimientos misioneros más al interior fueron prohibidos, para evitar conflictos religiosos con la islamita mitad norte. Ambas misiones limitaron, pues, sus actividades a la mitad sur y

buscaron la seguridad de «estaciones» político-policiales, los nudos de comunicación o las carreteras, las zonas de buen clima y de desarrollo económico - prácticamente los polos de desarrollo previstos por la planificación territorial vigente, impulsando su desarrollo al favorecer la concentración de población y completar su urbanización con construcciones funcionales: iglesias, escuelas y alojamientos para uso propio. Las relaciones con el poder colonial incluyeron conflictos a propósito de las políticas cultural y social: los misioneros fueron acusados de «antipatriotas» por difundir la enseñanza del inglés y, especialmente los protestantes al principio, por defender, aunque fuera tímidamente, a los Africanos contra las brutalidades arbitrarias de los funcionarios. Pero con la colonización ya consolidada, se impuso el tipo del misionero «patriota» y las relaciones mejoraron.

desaparecieron mayormente con el poder colonial, p.e. «reservas» étnicas o, sobre todo, campos de internamiento para trabajadores forzados, construidos según un urbanismo primitivo que apenas consideraba ni siquiera reglas elementales de la higiene. Las «urbanizaciones rurales» —sobre todo «estaciones» político-policiales a lo largo de las nuevas líneas de transporte— fueron necesarias para el control del territorio o de otras ciudades y para el desarrollo comercial, pero a penas se desarrollaron internamente durante el período colonial. Hoy, sin embargo, representan la red de los principales nudos urbanos de Togo. Solían ser fundadas sobre colinas para facilitar el control y utilizadas para reforestar. Mientras que en la mitad norte fueron escasas y muy modestas: pequeños grupos de edificios construidos con materiales regionales, en la mitad sur fueron muy numerosas y llegaron a formar complejos urbanos germinales, a veces con estaciones de ferrocarril, hospitales y misiones etc. alrededor de los edificios administrativos. En 1890 fueron construidas Bismarckburg en el centro, aunque todavía lejos de las carreteras de comunicación, y Misahöhe sobre Kpalimé. Luego, en su planeamiento se utilizó una retícula geométrica: en Mango, Bassar, Sokodé, Atakpamé y Kpandú (1896-1898), en Ho (1899), en Yendi (1901) y en Notsé-Atakpamé (1903).

En cuanto al desarrollo urbano propiamente dicho, fueron importante los casos de Kpalimé y, sobre todo, Lomé. Kpalimé se convirtió en típico gran centro comercial del interior gracias a su función de estación término y a la intervención urbanística alrededor del casco antiguo. En Lomé tuvo lugar el desarrollo urbano más intenso que la convirtió en la primera ciudad de la colonia con 2300 habitantes en 1897 y 7400, en 1913. Su desarrollo fue inducido por transformaciones políticas (traslado del gobierno colonial en 1897) e infraestructurales (centro ferroviario y puerto marítimo desde 1904) que acrecentaron el atractivo de la ciudad y le dieron el monopolio de la exportación.

En conjunto, resultó una estructura

urbano-territorial desigual, con las mejores infraestructuras y la urbanización más intensa en la mitad sur, que correspondió al desequilibrio económico y demográfico reinante y, al mismo tiempo, contribuyó a profundizarlo (20).

La I Guerra provocó el final de la colonización alemana en Togo. Al conocerse su comienzo, los Africanos, como en las demás colonias alemanas del continente, iniciaron su propia liberación en la región del Volta. Luego, se les sumaron fuerzas británicas y francesas. El 25 de Agosto de 1914 capitularon las tropas alemanas. En 1920, la «Sociedad de Naciones» colocó la colonia bajo mandato británico y francés. En 1960, la parte dominada por Francia se independizó bajo el nombre de «República de Togo». Sin embargo, problemas de la dominación colonial han sobrevivido en la independencia política, provocando la pobreza estructural de una «economía dependiente». Ha habido crecimiento demográfico notable pero desequilibrado: la población se acerca a los 5 millones de habitantes, de los cuales alrededor de un millón vive en Lomé, la capital. La economía se limita a la agricultura de subsistencia y la exportación de materias primas (fosfato, algodón, café y cacao) y se halla sometida, pues, a los vaivenes del mercado internacional. A su falta de diversificación se suma su distribución territorial desigual: subdesarrollo del norte y desarrollo sureño, concentración en Lomé de las actividades comerciales etc.. Como consecuencia, Togo es actualmente uno de los países más pobres del mundo, según última estadística de la UNO.

Kiantchu. A finales del siglo pasado, las circunstancias asiáticas, al contrario de las africanas, no eran favorables para intervenciones colonialistas de naciones débiles. El continente, especialmente China, era el foco de graves conflictos internacionales entre las naciones más poderosas con aspiraciones colonialistas: EEUU, Francia, Gran Bretaña, Japón y Rusia. La presencia de Alemania en Asia fue, pues, marginal, limitándose a la cofinanciación de infraestructuras en colonias

(20) En 1914, el dominio económico de la zona costera abarcaba ya 1/3 de la colonia. La población europea, portadora del nuevo desarrollo, no abandonó prácticamente la mitad sur.

En 1913, un 51% de los 368 Europeos (de ellos 320 Alemanes) habitaba en Lomé, 12% en la zona de Atakpamé-Notsé y 9% en Aného.

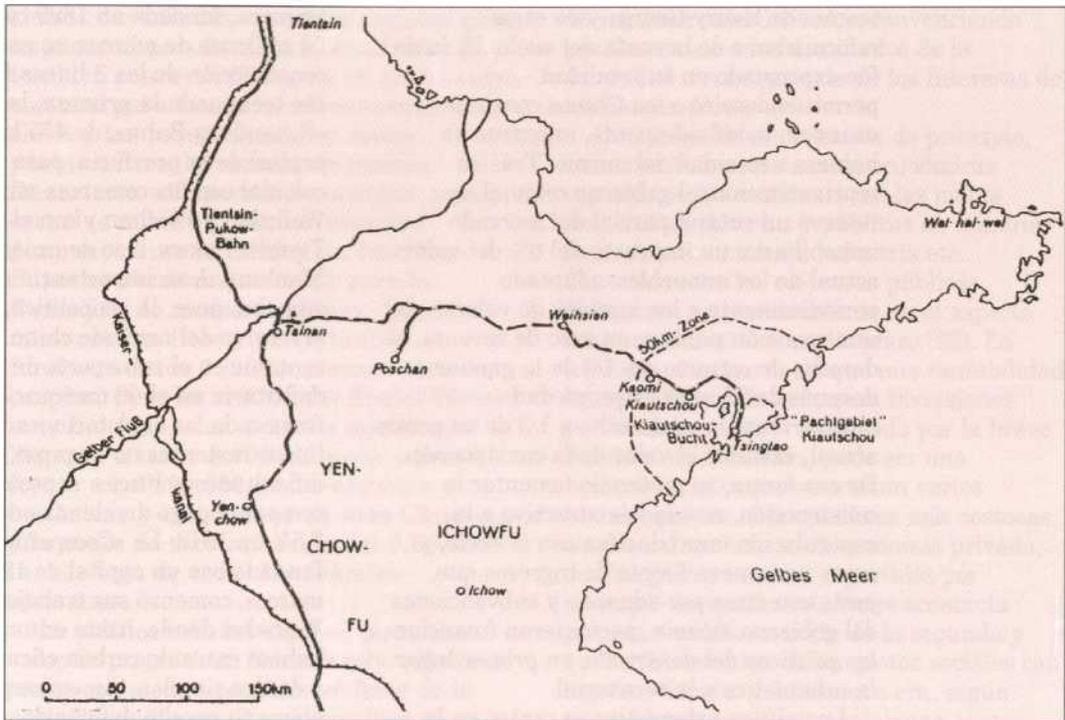


FIGURA 2. La colonia de Kiautchu (1897-1914), la menor de todo el colonialismo alemán. A pesar de los fines geopolíticos agresivos, la necesidad de utilizar métodos colonizadores «pacifistas» posibilitó el experimento de una «utopía» burocrática del desarrollo racional que impulsó un urbanismo colonial de los servicios públicos.

Fuente: H. GRÜNDER: *Geschichte der deutschen Kolonien*, 3a ed., Paderborn 1995, pg.256.

ajenas por parte del capital financiero privado y, excepcionalmente, a pocas intervenciones militares muy restringidas, p.e. las relacionadas directa o indirectamente con la ocupación de Kiautschou, la única colonia alemana en el continente.

En Noviembre de 1897, la Marina alemana ocupó la bahía de Kiautchu en la costa oriental de China en la provincia de Schandong con algunas poblados, entre ellos el puerto pesquero de Singtao. Acto seguido, fue «arrendada» un área costera de 50 km de perímetro y 560 km² de superficie.

Se pretendió aplicar una política colonial del consenso basada en acuerdos con las autoridades chinas, respeto de la población local y una «utopía» burocrática del desarrollo racional. Sin embargo, tal política no pudo ser mantenida consecuentemente por razones externas y por la incapacidad de los «medios pacíficos» para realizar los fines estratégicos dictados por los intereses agresivos de la industria pesada alemana:

crear un «Hong-Kong alemán» como base militar, gran puerto comercial para la importación de productos alemanes en Asia Oriental y punto de partida para la explotación económica de la provincia y la participación en el gran mercado chino. Esos fines fueron recogidos parcialmente en el contrato de «arrendamiento», que concedía a los Alemanes la explotación de los yacimientos de Schandong y la construcción de tres líneas férreas.

El «Gobernador», responsable de la administración militar y civil, fue un oficial. Por respeto a la población local, los Chinos conservaron algunos de sus derechos e instituciones tradicionales y participaron en la política colonial, pero sólo a través de un «comité consultivo», sin formar parte ni del aparato burocrático ni del judicial.

Un fundamento de la «utopía» del desarrollo fue la socialización del suelo y de sus plusvalías, con el instrumento del derecho inmobiliario y fiscal inspirado en las

teorías de Henry George y de otros reformadores de la renta del suelo. El suelo fue expropiado en su totalidad, permitiéndoseles a los Chinos continuar usándolo indefinidamente, mientras no hubiera necesidad del mismo. Tras su reprivatización, el gobierno colonial se reservó un control parcial del mercado inmobiliario: un impuesto del 6% del valor actual de los inmuebles, adaptado periódicamente a los cambios de valores por una comisión pública; en caso de reventa, el derecho de retracto o a 1/3 de la ganancia; después de 25 años de propiedad ininterrumpida, el derecho a 1/3 de su precio actual, excluido el valor de la construcción. De esa forma, se pretendió fomentar la construcción, restándole atractivo a la especulación improductiva con el suelo, y crear una nueva fuente de ingresos que, junto con otros por aduanas y subvenciones del gobierno alemán, permitieran financiar las políticas del desarrollo, en primer lugar la urbanística y la territorial.

La política urbanística se centró en la reforma de los servicios públicos: sanidad, tráfico y comunicaciones, o sea se reglamentó severamente la venta de mercancías y la limpieza pública, se introdujeron canalización y agua potable, se pavimentaron calles y se construyeron otras hacia la zona rural, se reconstruyó el puerto, se creó una estación de telégrafos y de radio etc.. En 1913, Tsingtao había crecido hasta 55.700 habitantes (53.000 chinos y unos 2000 militares), con nuevos establecimientos comerciales e industriales (21), siendo considerada la ciudad más sana y limpia de Asia Oriental. Desde 1906, era ya una de las 6 ciudades más importantes de China (en 1931, la cuarta en importancia tras Shanghai, Tiensin y Dairen).

La política territorial previó cultivos y reforestación para frenar la erosión, así como tres líneas férreas y explotaciones del subsuelo en territorio provincial. Las obras de supuesta rentabilidad inmediata fueron encomendadas a una «empresa colonial» privada, compuesta de dos sociedades: «Compañía Ferroviaria de Schandong» y «Compañía Minera de Schandong». La

primera, fundada en 1899 con un capital de 54 millones de marcos, se encargó de la construcción de las 3 líneas férreas. En 1904 fue terminada la primera, la «Schandong-Bahn», de 435 km hasta Tsinan, capital de la provincia, para unir el puerto colonial con las comarcas mineras de Weihsien y Poschan y con el ferrocarril Tiensin-Pukow, lazo de unión entre Pekín y Manking. A su importancia económica se sumaba, pues, la geopolítica, como vía hacia el interior del mercado chino. La línea fue rentable en el transporte de personas, pero deficitaria en el de mercancías, debido al fracaso de las explotaciones mineras. Las dos líneas restantes no llegaron a construirse por dificultades políticas. A pesar de todo, la compañía pagó dividendo entre 2% en 1904 y 7,5% en 1913. La «Compañía Minera», fundada con un capital de 12 millones de marcos, comenzó sus trabajos en 1903 en Weihsien donde, hasta entonces, los chinos habían extraído carbón eficazmente con métodos simples. Sin embargo, la empresa alemana resultó deficitaria, debido a que sus costosísimas instalaciones no guardaban relación con la mala calidad del carbón, prácticamente inservible para la exportación o el suministro del ferrocarril y de los barcos. Su venta mejoró un poco desde 1906, gracias a la instalación de un equipo de lavado y de una fábrica de briqueta. Las minas junto a Poschan, abiertas desde 1906, contenían depósitos de carbón de más alta calidad y fácil extracción, y fueron más rentables. Con todo, la productividad de ambas comarcas mineras fue muy baja. La búsqueda de otros minerales —oro, plata, cobre, mica y estaño— fue un fracaso porque los hallazgos prometían escasa rentabilidad. En resumen, la «Compañía Minera» fue acumulando pérdidas: más de 1,2 millones de marcos hasta 1913, cuando fue absorbida por la «Ferroviaria».

La política cultural comenzó muy tarde, en medio de discrepancias entre propaganda altisonante y realidad. Desde principios de siglo, se venía exigiendo aplicar en China una nueva «Política Mundial» o «Misión Cultural Germánica», aprovechar la humillación de las élites

(21) Sin embargo, ese aspecto no debe ser sobrevalorado. Como en el territorio, también en la ciudad el desarrollo de la industria privada fue ambiguo: una gran empresa de seda

chino-alemana, fundada en 1902, hubo de cerrar en 1909; tan sólo algunas pequeñas empresas, entre ellas una de cerveza, prosperaron.

chinas durante las revueltas sociales para imponer al país la cultura occidental o también convertir Tsingtao en gran centro cultural para fomentar el «consenso» chino y las relaciones entre ambos pueblos. Pero, la escasez de medios financieros sólo permitió construir pocas escuelas públicas, una universidad germano-china en 1909 y un Instituto Superior Femenino en 1911 para la formación de maestras chinas. Las misiones católicas y protestantes fundaron desde 1900 numerosas escuelas propias. Pero los resultados finales fueron muy limitados: las escuelas misioneras llegaron a tener 5.400 alumnos —pocos, frente a los 100.000 de las escuelas británicas y americanas en toda China—, y la cuota de escolarización del 0,8% fue la más baja de todas las colonias alemanas.

La política colonial expresó, pues, una «utopía» progresista: llevar a cabo reformas reales con medios pacíficos en favor de la población indígena. Pero la condenó al fracaso por un contrasentido: considerarla medio e incluso fin de otras metas económicas y geopolíticas inconciliables. Las metas económicas esenciales —ferrocarril, minería, comercio, industria— fueron confiadas a particulares, que perseguían fines propios y exigían la explotación de población local. Las metas geopolíticas obedecían también a intereses opuestos de la nación colonizadora y sus fuerzas económicas, y exigían el empleo de métodos autoritarios y, ocasionalmente, violentos. A la vista de los hechos, la «utopía» progresista de Kiautchu —bajo circunstancias totalmente diferentes, una repetición de políticas sociales fallidas en Alemania antes de la I Guerra— contenía en sí misma los principios de su negación: por su naturaleza «colonialista» debía conducir inevitablemente a una colisión entre intereses exclusivistas de colonizadores y colonizados, que de sólo se resuelve con métodos violentos. A menos que se acepte la paradoja que una «utopía colonial» sea capaz

de sustituir tales métodos, convenciendo pacíficamente a los dominados de la necesidad o conveniencia de los intereses de los dominadores.

Derivadas de esa cuestión de principio, hubo también otras causas económicas específicas. No se alcanzaron las metas económicas privadas y públicas en minería, transportes, comercio, industria etc.. Especialmente las empresas públicas fracasaron estrepitosamente en el aspecto económico a corto y medio plazo (22). La hipótesis dominante de que una rentabilidad a largo plazo de las enormes inversiones públicas no pudo ser verificada por la breve duración de la colonia, pudo ser una coartada tras la que se ocultan varios hechos: que las obras públicas más costosas estaban al servicio de la economía privada, que los gastos estaban repartidos por principio desigualmente entre economía privada y pública a costa de la segunda y que la financiación de los gastos sociales con ingresos fiscales y aduaneros era, según otras experiencias no colonialistas, una medida insuficiente.

Otra causa política de principio fue la debilidad político-militar de Alemania. La imposibilidad de recurrir sistemáticamente a la fuerza tuvo varios efectos: fue quizás una de las razones para plantear una «utopía colonial» pacifista, contribuyó por omisión al fracaso de la explotación económica y encerró la colonia en un círculo vicioso en el que el pacifismo obligado acrecentaba la debilidad política, al aislarla cada vez más de las potencias competidoras en China y convertirla en blanco indefenso de la hostilidad anticolonialista local. El aislamiento redujo considerablemente la capacidad competidora en la consecución de los fines geopolíticos y se agravó tras el tratado anglo-japonés de 1902 y, sobre todo, tras la victoria japonesa sobre Rusia en 1904-05; la hostilidad china hizo aún más inútil la utilización de medios pacíficos y se agudizó tras ciertas acciones violentas o provocativas de los mismos Alemanes, estratégicamente erradas porque ni siquiera

(22) A medio plazo fue la colonia más deficitaria de todos los dominios alemanes: de los 200 millones de marcos invertidos por el Gobierno tan sólo 36 pudieron ser cubiertos con ingresos locales. Como consecuencia del fracaso de muchas previsiones económicas, costosas infraestructuras permanecieron infrautilizadas: a parte del ferrocarril, también

sobre todo, el nuevo puerto de Tsingtao, que paradójicamente sirvió, en primera línea, a las potencias competidoras. En 1907, su utilización comercial por parte alemana estaba por detrás de la japonesa (50%-55%), británica (20%-25%) y estadounidense (15%). En 1913, la utilización alemana no llegaba aún siquiera al 8%.

supusieron un aumento de poder. Tras el asesinato del embajador von Ketteler, en 1900, el mando de las tropas aliadas de castigo pasó a un Mariscal alemán, quien desembarcó, en Septiembre del mismo año, en Kiautchu desde donde inició una campaña de represión y saqueo, culminada con la exigencia de 280 millones de marcos como reparaciones de guerra. Uno de los focos principales de las revueltas chinas contra los extranjeros fue precisamente la provincia de Schandong donde los Alemanes reaccionaron con actos de represión militar. También la política cultural, en cuanto enfrentamiento ideológico con ayuda de misioneros («los extranjeros más odiados en China»), no podía menos que ser considerada como una provocación. Se rompió el lábil consenso chino y las iras del creciente nacionalismo se centraron en el punto más débil de la presencia alemana: la pequeña colonia de

Kiautchu. La administración china de Schandong prescindió de los consejeros alemanes y dejó de encomendar trabajos públicos lucrativos a empresas alemanas; en 1905, las tropas coloniales hubieron de retirarse definitivamente de la provincia al protectorado de la costa; el ferrocarril, que también apareció como una provocación por transformar las estructuras rurales y de propiedad, fue prohibido después de la construcción de la primera línea; el sistema de correos y telégrafo a lo largo de esa línea fue boicoteado hasta 1907; en 1906, Kiautchu fue integrado en el sistema aduanero chino, que imponía la entrega de un 80% de los aranceles aduaneros a la administración china en Pekín.

En agosto de 1914, las tropas japonesas desembarcaron en Schandong y en noviembre, la guarnición alemana capituló. La colonia dejó de existir como tal.

Argentina

Rubén PESCI

URBANISMO EN ARGENTINA EN EL PASADO CAMBIO DE SIGLO

• Más de 100 ciudades creadas entre 1850 y 1910! Esfuerzos fervorosos para acompañar la colonización agraria del interior del país, apoyadas en la extensión de líneas férreas que como una mano abierta se irradia desde el Puerto de Buenos Aires.

El urbanismo argentino en el pasado cambio de siglo tuvo una oportunidad de epopeya, y la asumió con gran creatividad, como un país consciente de sus potencialidades, y con criterios muy avanzados.

El emblema de esta época y sus creaciones es la ciudad de La Plata, creada en 1882 en forma enteramente planificada y construida en tan sólo 3 años (ver esta misma corresponsalia en el número 115 de la revista). Pero el patrón utilizado, o conjunto

de patrones inteligentemente articulados, existía en experimentación desde antes. ¿La fórmula?: cuadrícula de fundación hispánica (época colonial, hasta 1810) más arte urbano neoclásico (influencia republicana francesa) más higienismo de la ciencia urbana finisecular (de origen también europeo) más la importancia de los ejes de movilidad y transporte.

Se fundaron ciudad tras ciudad, allí donde pasaba el ferrocarril recién trazado. Se estructuraban por una macro retícula de avenidas-bulverares, que la unieron al territorio agrario circundante, al igual que el tren. Las ciudades eran creadas como centros de servicios de amplias y fértiles colonias agrarias de la llanura pampeana; la cuadrícula urbana se continúa en macro cuadrícula de quintas y chacras de «pan llevar», y desde éstas se alcanzan las grandes parcelas extensivas —mares de